

# La gran bonanza de las Antillas

**Italo Calvino**

Traducción del italiano de  
Aurora Bernárdez

 Siruela

Biblioteca Calvino

## Nota introductoria

Italo Calvino empezó a escribir durante su adolescencia cuentos, apólogos, poesía y sobre todo obras teatrales. El teatro fue en realidad su primera vocación y muchas son las obras que ha dejado. Pero su extraordinaria capacidad de autocrítica, de leerse desde fuera, lo llevó en pocos años a abandonar ese género. En una carta de 1945 anuncia lacónicamente a su amigo Eugenio Scalfari: «He pasado a la narrativa». Muy importante debía de ser la noticia ya que la escribe en mayúsculas y ocupando transversalmente todo el espacio de la página.

A partir de ese momento su actividad literaria será constante: escribe siempre, en cualquier lugar, en cualquier circunstancia, sobre una mesa o sobre sus rodillas, en el avión o en cuartos de hotel.

No es de sorprender que haya dejado una obra tan vasta de la que forman parte numerosos cuentos y apólogos. Además de los que él mismo recogió en diversos volúmenes, muchos aparecieron en periódicos y revistas. Otros quedaron inéditos.

Los textos que aquí se recogen constituyen sólo una parte de los escritos entre 1943 (el autor tenía entonces 19 años) y 1984.

Algunos de ellos, concebidos inicialmente como novelas, se transformaron en cuentos, procedimiento no insólito en Calvino que, de una novela no publicada, *Il bianco veliero*, extrajo

más de un cuento del volumen *I racconti*, aparecido en 1958. Otros fueron escritos por encargo: quizá «La glaciación» no hubiese visto la luz si una destilería japonesa, productora de un whisky famoso en Oriente, no hubiera decidido festejar su 50 aniversario pidiendo cuentos a algunos escritores europeos. Con una sola condición: citar en el texto una bebida alcohólica cualquiera. Este cuento se publicó en japonés antes que en italiano.

También fue curiosa la gestación y el destino de «El incendio de la casa abominable». De manera algo imprecisa le llegó a Calvino la noticia de que la IBM se interesaba por un cuento o un texto literario escrito con un ordenador. Ocurría esto en 1973, antes de que el ordenador fuera tan común como una máquina de escribir, y Calvino no tardó mucho en descubrir que no era tan sencillo el acceso a uno de esos aparatos para quien no fuese un especialista. Con no poco esfuerzo resolvió mentalmente las operaciones que hubiera hecho con el ordenador y «El incendio de la casa abominable» terminó en la edición italiana de *Playboy*. Esto no parece haberle importado demasiado; la verdad es que para Calvino este cuento tenía un único destinatario: el Oulipo, al que lo presentó como ejemplo de *ars combinatoria* y de desafío a sus propias capacidades matemáticas.

Por lo que respecta a los primeros cuentos, muy breves y casi todos inéditos, es interesante señalar que en una nota de 1943, encontrada entre sus papeles juveniles, Calvino escribe: «El apólogo nace en tiempos de opresión. Cuando un hombre no puede dar clara forma a sus ideas, las expresa por medio de fábulas. Estos cuentos corresponden a las experiencias políticas y sociales de un joven durante la agonía del fascismo». Sigue diciendo que, cuando los tiempos lo permitan (y se entiende que se trata del final de la guerra y del fascismo), el cuento-apólogo, escogido por él sólo en aquel momento histórico-político, dejará de tener sentido y el escritor podrá cambiar de rumbo. Pero los títulos y las fechas de gran parte de estos cuentos —así como el resto de su obra— bastan para demostrar que, pese a las afirmaciones juveniles, el apólogo seguirá siendo una de sus formas de expresión preferidas.

En otros casos, textos que pueden parecer singulares dentro del conjunto de su obra, forman parte de proyectos que Calvino tenía claros y que no llegó a realizar.

**Esther Calvino**

Apólogos y cuentos  
(1943-1958)

## El hombre que llamaba a Teresa

Bajé de la acera, di unos pasos hacia atrás mirando para arriba y, al llegar a la mitad de la calzada, me llevé las manos a la boca, como un megáfono, y grité hacia los últimos pisos del edificio:

–¡Teresa!

Mi sombra se espantó de la luna y se acurrucó entre mis pies.

Pasó alguien. Yo llamé otra vez:

–¡Teresa!

El hombre se acercó, dijo:

–Si no grita más fuerte no le oirá. Probemos los dos. Cuento hasta tres, a la de tres atacamos juntos –y dijo–: Uno, dos, tres –y juntos gritamos–: ¡Tereesaaa!

Pasó un grupo de amigos, que volvían del teatro o del café, y nos vieron llamando. Dijeron:

–Ale, también nosotros ayudamos.

Y también ellos se plantaron en mitad de la calle y el de antes decía uno, dos, tres y entonces todos en coro gritábamos:

–¡Tereesaaa!

Pasó alguien más y se nos unió, al cabo de un cuarto de hora nos habíamos reunido unos cuantos, casi unos veinte. Y de vez en cuando llegaba alguien nuevo.

Ponernos de acuerdo para gritar bien, todos juntos, no fue fácil. Había siempre alguien que empezaba antes del tres o que

tardaba demasiado, pero al final conseguíamos algo bien hecho. Convinimos en que «Te» debía decirse bajo y largo, «re» agudo y largo, «sa» bajo y breve. Salía muy bien. Y de vez en cuando alguna discusión porque alguien desentonaba.

Ya empezábamos a estar bien coordinados cuando uno que, a juzgar por la voz, debía de tener la cara llena de pecas, preguntó:

–Pero ¿está seguro de que está en casa?

–Yo no –respondí.

–Mal asunto –dijo otro–. Se ha olvidado la llave, ¿verdad?

–No es ése el caso –dije–, la llave la tengo.

–Entonces –me preguntaron–, ¿por qué no sube?

–Pero si yo no vivo aquí –contesté–. Vivo al otro lado de la ciudad.

–Entonces, disculpe la curiosidad –dijo circunspecto el de la voz llena de pecas–, ¿quién vive aquí?

–No sabría decirlo –dije.

Alrededor hubo un cierto descontento.

–¿Se puede saber entonces –preguntó uno con la voz llena de dientes– por qué llama a Teresa desde aquí abajo?

–Si es por mí –respondí–, podemos gritar también otro nombre, o en otro lugar. Para lo que cuesta.

Los otros se quedaron un poco mortificados.

–¿Por casualidad no habrá querido gastarnos una broma? –preguntó el de las pecas, suspicaz.

–¿Y qué? –dije resentido y me volví hacia los otros buscando una garantía de mis intenciones.

Los otros guardaron silencio, mostrando que no habían recogido la insinuación.

Hubo un momento de malestar.

–Veamos –dijo uno, conciliador–. Podemos llamar a Teresa una vez más y nos vamos a casa.

Y una vez más fue el «uno dos tres ¡Teresa!», pero no salió tan bien. Después nos separamos, unos se fueron por un lado, otros por el otro.

Ya había doblado la esquina de la plaza, cuando me pareció escuchar una vez más una voz que gritaba:

–¡Tee-reee-sa!

Alguien seguía llamando, obstinado.